

MÁS ALLÁ DEL MAR DE HIELO

William SARABANDE



La caza es el alma de esta historia. La caza como referencia permanente y eje de la existencia de clanes, tribus, grupos y familias de homo sapiens de hace varias decenas de miles de años, allá por el paleolítico, cuando la naturaleza gobernaba a su antojo la tierra, y el cielo y el viento eran la morada de los espíritus. Los personajes que integran este paisaje viven en permanente relación con la presencia real de un mamut de extraordinaria corpulencia y ferocidad. El temido animal será el responsable de su constante peregrinar por la tundra. En este escenario, Torka y Lonit viven una singular historia de amor, síntesis de los condicionantes culturales de la época y de las constantes intemporales en la relación hombre-mujer.

Para Lyle

LOS PERSONAJES

TRIBU DE TORKA

Torka: Cazador de 20 años, de la Edad del Hielo Paleolítica, en el nordeste de Asia.

*Umak: Abuelo de Torka, anciano de 45 años de edad.

Egatsop: Esposa de Torka, de 18 años de edad.

Kipu: Hijo de Torka y Egatsop, de 5 años de edad.

*Lonit: Mujer de Torka, de 12 años de edad y en el umbral de la pubertad.

TRIBU DE GALEENA

Galeena: Cazador que habita más al este que la tribu de Torka.

Ai: Esposa favorita de Galeena.

*Iana: Esposa de Manaak.

Ninip: Muchacho.

*Naknaktup: Matrona.

Oklanoo: Matrona.

*Lonit: Mujer de Torka, de 12 años de edad y en el umbral de la pubertad.

TRIBU DE SUPNAH

Supnah: Cazador-espoleador de mamuts.

*Karana: Hijo de Supnah.

Navahk: Hombre-brujo, hermano de Supnah.

*Se fueron de la caverna de la cornisa en unión de Torka.

LOS PROTAGONISTAS

TORKA: Intrépido, inteligente, apasionado, un cazador de gran habilidad y astucia. Con el corazón destrozado tras la pérdida de su familia, aniquilada por un mamut, el Destructor, tiene el suficiente coraje para capitanear a un reducido grupo de supervivientes del Pueblo, a través de las ignotas e inhóspitas estepas orientales, hacia donde cree les espera una nueva vida para él y para su clan.

LONIT: Una extraña joven de ojos redondos, que ha amado a Torka toda su vida. Es tan sólo una muchacha cuando inicia su decisivo viaje con Torka, pero en el curso de sus desplazamientos florece en una plena feminidad. Confía en que el dolor de Torka se convierta pronto en deseo y el deseo en ese amor por el que ella suspira desesperadamente.

UMAK: Abuelo de Torka, es un «espíritu-jefe», una especie de patriarcal hechicero. Condenado a morir por imperativos demográficos, su vida vuelve a tener sentido al hilo de la odisea por la supervivencia y llega al convencimiento esperanzador de que a los viejos destinos de su Pueblo se les abría un nuevo horizonte de posibilidades en aquel exigente nuevo mundo.

KARANA: Un jovencito que ha sido abandonado por su propia gente, también por imperativos demográficos. Vive

—sobrevive— como un animal acorralado en la montaña, a salvo de los peligros de la tundra, hasta que llegan Torka y su reducido clan. Se adapta de tal forma a la nueva situación que Torka le adopta como hijo.

GALEENA: Doblemente «primitivo», es el jefe de una banda diezmada por el mismo gigantesco mamut que aniquiló a la familia de Torka. Remoto antepasado de los caudillos y señores de horca y cuchillo de épocas posteriores más «civilizadas», compite astuta y ferozmente con Torka por el liderazgo de las dos bandas en una enconada batalla psicológica que se resuelve con sangre.

GLOSARIO ANIMAL

Mamut lanudo.- Intrépido, inteligente, apasionado, un cazador de gran habilidad y astucia. Con el corazón destrozado tras la pérdida de su familia, aniquilada por un mamut, el Destructor, tiene el suficiente coraje para capitanear a un reducido grupo de supervivientes del Pueblo, a través de las ignotas e inhóspitas estepas orientales, hacia donde cree les espera una nueva vida para él y para su clan.

León dientes de sable.- Casi tan grande como el actual león africano, este felino se apoyaba sobre sólidas patas, más largas las delanteras que las traseras. El sobrenombre le viene de que sus colmillos superiores se prolongaban en forma de sables con los bordes dentados, lo que les permitía «apuñalar» a sus víctimas.

Perdiz nival.- Llamada también perdiz blanca, por el color de su plumaje invernal, era una gallinácea de pequeño tamaño, algo más grande que la codorniz de nuestros días.

Oso caricorto.- Un tercio más grande que los osos actuales, era un mamífero principalmente carnívoro.

Teratorni.- Una especie de cóndor con una envergadura de alas de hasta 3,5 metros.

PARTE I EL ESPÍRITU AGAZAPADO

CAPÍTULO 1

Igo avanzaba en mitad de la noche. Algo enorme, silencioso y terrible.

El cazador se paró en seco y prestó oídos, puesto sobre aviso por una alarma interior que provocó una descarga de adrenalina en sus venas, mientras todos sus sentidos le advertían de un inminente peligro.

Era un hombre joven, enflaquecido por los rigores del invierno, apuesto a pesar de que su cuerpo aparecía en tensión, cubierto como estaba por una abigarrada indumentaria de cuero y pieles de pelo largo. Sus poderosos miembros, ágiles y flexibles como los de un animal corredor, le permitían mantener el equilibrio adecuado para zafarse del peligro.

Lo había notado rondándole durante horas, tan implacable como la muerte. Por dos veces había retrocedido para buscar huellas, pero la ventisca truncó sus esfuerzos y no pudo ver nada, salvo la inmensidad de la tundra azotada por el viento, cubierta por la nieve y perpetuamente helada, además de la infinita oscuridad de la noche invernal del Ártico. Cuando el viento levantó espirales de nieve seca que danzaban estremecidas bajo las relucientes manchas azules de las luces septentrionales, había divisado una cima que se elevaba en la cara inmensa y lisa de la tundra, semejante a la nariz rota de un gigante que yaciera allí muerto, boca arriba.

El cazador se había dirigido a paso ligero, casi corriendo, hacia aquel distante y poco visible refugio, seguro de que Alinak y Nap le seguirían. Durante los últimos días, tanto el uno como el otro habían dejado que fuera él quien les

guiase. Esto no le había sorprendido, porque él era Torka y la sangre de muchas generaciones de Jefes espirituales corría por sus venas. Todos sabían que su instinto de cazador jamás le fallaba. Alinak y Nap se habrían dado cuenta de que él buscaba refugio en lo alto de la cima, lo que les proporcionaría al menos cierta ventaja sobre cualquiera que fuese el peligro que les acechaba.

El cazador miró, ahora, hacia atrás, al horizonte velado por densas nubes de ventisca. A través de ellas pudo distinguir a sus compañeros, dos figuras que surgían de la niebla helada y ascendían por las estribaciones del montículo en dirección a él. Encorvados para defenderse mejor del viento, apoyándose en sus lanzas para mantener el equilibrio, se cubrían con pieles de astados. Las capuchas que protegían sus cabezas aparecían rematadas por sendas cornamentas. Mitad humanos, mitad animales, Alinak y Nap tenían el aspecto de apariciones cornudas arrancadas de una pesadilla.

Mas no se trataba de un mal sueño. Aquello era la Edad del Hielo, y tendrían que transcurrir por lo menos cuarenta mil años antes de que cazadores de otra época bautizaran a aquella tierra con el nombre de Siberia. Para entonces habría allí bosques y nuevas razas de hombres y de animales. Ahora sólo había un oscuro e inhóspito paisaje, a través del cual gemía el viento y los aullidos de los grandes lobos retumbaban como el fúnebre lamento de mujeres presagando su muerte.

Más hacia el este, sobre los picos cubiertos de hielo de la cordillera que rodeaba la superficie desnuda y lisa de la tundra, los primeros resplandores del alba empezaban a dorar el cielo. Era sólo una tenue franja de luz que aún tardaría bastante en ser llamada mañana, en proyectar sombras malvas y grises sobre una tierra que no había visto la luz del sol durante meses. El período de la larga oscuridad estaba a punto de concluir. La época de la luz volvía des-

pués del invierno más prolongado y riguroso que Torka había conocido jamás.

Sus dos compañeros, tocados con capuchas de astados, estaban ya a su lado. Al igual que Torka, se protegían de las inclemencias del tiempo con diversas prendas superpuestas. Su ropa interior estaba confeccionada con la suave piel de crías de caribú. Pantalones de piel de perro salvaje protegían sus piernas de la frígida dentellada del viento ártico. Debajo de estos pantalones usaban polainas de ante, mascado por sus mujeres hasta darle una consistencia de terciopelo; encima de los pantalones llevaban polainas de cuero de bisonte, sujetas sobre unas botas hasta la rodilla de pelo largo y con triple suela para formar una barrera contra el frío. Los dos hombres vestían túnicas de cuero de caribú y, encima de éstas, con el pelo hacia dentro, un abrigo hecho con la piel del mismo animal, variedad del reno salvaje.

No había pieles que abrigaran tanto como la de los caribúes abatidos en invierno. Aunque el caribú tenía el pelo relativamente corto en comparación con el espeso pelaje del buey almizclero o con el bisonte gigante de paletillas lanudas, cada mecha de pelo de caribú era un cilindro aislante, lleno de aire, que conservaba el calor interno de un hombre y mantenía fuera el frío mortal del Ártico. Envuelto en esta clase de prenda, un cazador podía permanecer indefinidamente en la tundra azotada por el viento sin sentir el frío. De todos modos, aunque aquellos hombres estuvieran abrigados, hacía tres días que salieron del campamento invernal de su gente. El calor de sus ropas no les protegía de la fatiga ni del hambre. Tampoco de los errores.

Se mantenían juntos, con la luz del alba sobre sus cabezas; a Torka se le secó la boca de inquietud al mirar las cornamentas que remataban los mantos de sus compañeros. Era un sacrilegio ponerse el manto de acechar antes de avistar la caza. Su propio manto estaba todavía atado con correas a su mochila en un rollo muy apretado, con la cor-

namenta vertical a modo de alas esqueléticas extendiéndose a su espalda.

De repente, un profundo bramido rasgó la mañana azotada por el viento. Torka permaneció inmóvil, su rostro no experimentó la menor alteración, pero de nuevo sus sentidos le advirtieron de un peligro inminente. Se volvió, imitado por los dos hombres que tenía detrás. Aguzaron el oído y escudriñaron la lejanía mientras trataban de averiguar de qué dirección había provenido el sonido. En las lejanas montañas agobiadas por glaciares, los grandes lobos guardaban silencio. Torka se preguntó si también ellos se habrían dado cuenta de que lo que habían oído era algo más que el acostumbrado retumbar de una avalancha al desplegarse desde los elevados flancos frontales de los numerosos glaciares próximos a la llanura de la tundra.

Aquello había sido el sonido de algo vivo, algo que pasaba por debajo y bastante más allá de la cima donde se encontraban de pie los cazadores. Era algo que la ventisca y la distancia hacían invisible, pero era tan enorme que su paso produjo vibraciones en las capas de hielo e hizo que la tierra temblara. Su olor les alcanzó y lo aspiraron para tratar de definirlo, ya que sólo ellos, cazadores expertos, podían ser capaces de reconocer el olor de la vida en medio del pavoroso frío del viento del Ártico que abrasaba los pulmones. Su desarrollado olfato les permitió inferir que se trataba de un hálito tibio, de olor a carne viviente. El viento lo llevó hasta ellos, jugueteó con él, luego se lo volvió a llevar antes de que pudieran darle nombre.

Transcurrieron los minutos, largos, intensos. Los cazadores aguardaban, pero el sonido no se repitió. A Nap y Alinak se les hizo la boca agua. Tenían el estómago vacío y el hambre les hacía sufrir. A diferencia de Torka, no percibían amenaza alguna en el viento, ningún peligro en el amanecer. La fatiga había embotado sus instintos. En su mente sólo tenían cabida visiones relacionadas con lo que con tanta desesperación anhelaban ver: el *caribú*. Ansiaban ver vas-

tos rebaños migratorios de hembras y de machos jóvenes, con los adultos siguiéndoles por separado, esparciéndose a todo correr por la tundra desde las distantes montañas en dirección a los lejanos territorios del este donde parían las hembras.

Los rebaños no aparecían. La pálida luna salió y se situó sobre el campamento de invierno que su tribu había instalado contra las violentas tormentas de la época de la larga oscuridad. Era una tribu reducida. Formado por menos de cuarenta personas, el grupo había trabajado hombro con hombro para cavar pozos que les sirvieran de vivienda en la helada tundra, para levantar tejados en forma de cúpula con pieles de bison sobre armazones de costillas de mamut. Con provisiones de reserva para hacer frente a los largos y oscuros meses venideros, se instalaron allí para esperar el retorno de la estación de la luz.

Como siempre, habían acampado a lo largo de una ruta conocida de migración de caribúes, seguros de que antes de que pudieran llegar a pasar hambre volverían los rebaños para alimentarles. Los caribúes, sin embargo, no habían regresado. El invierno había sido el más riguroso de cuantos recordaban los miembros más ancianos de la tribu. Tras un corto deshielo, el frío apareció de nuevo y las tormentas se cebaron contra ellos desde el norte, con la furia de lobos voraces. A pesar del clima, los cazadores habían salido todos los días en busca de presas, sólo para regresar con las manos vacías. Sus provisiones no tardaron en agotarse. Las mujeres fijaban su mirada atónita en las trampas vacías, mientras la leche se secaba en sus pechos y sus pequeños lloraban sin cesar. Barreras hechas con huesos de las patas de antílopes de la estepa, levantadas por los niños al comienzo de la estación, no sirvieron como otras veces para confundir y atrapar más aves de vuelo bajo, como la perdiz nival de blanco plumaje invernal. Teenak, la mujer más joven del jefe, para impetrar la gracia de los espíritus a fin de que los caribúes regresasen, les ofreció en sacrificio a su hi-

jo recién nacido, completamente desnudo. Compasivos, los espíritus del cielo se habían llevado el doliente cuerpecito de la criatura, junto con su alma. El pequeño se alimentaría en lo alto de las nubes, hasta que Teenak pudiera volver a alumbrarlo en tiempos mejores. Otras dos mujeres siguieron su ejemplo, pero aun así los caribúes no habían regresado.

Esta dramática situación había sido la causa de que los cazadores fueran enviados en busca de los rebaños. Hacía ahora tres días que éstos abandonaron el campamento, desplegándose en un desesperado afán por encontrar cualquier tipo de caza. Cada uno de ellos deseaba ser el primero en avistar los rebaños tan largo tiempo esperados y de los cuales dependía la tribu para todas aquellas cosas que eran imprescindibles para su existencia. No había carne más sabrosa, pieles más cálidas o más aprovechables, ni cornamentas o huesos más manejables. No había tendones más fuertes o más elásticos, ninguna grasa ardía más tiempo en la concavidad ovalada de las piedras que servían de lámparas. El caribú era el puntal en torno al cual giraba la vida entera de los nómadas de la tundra ártica. Sin el caribú, no habrían podido sobrevivir.

Alinak y Nap, mientras aumentaba la luz de la mañana enseñoreada por la nieve, miraron detenidamente en derredor. Los dos se preguntaban cuál habría sido la causa de que Torka se hubiera parado de golpe. No cabía duda de que *algo* se movía en medio de la niebla. ¡Tenía que ser el caribú! Cuando Torka había echado a correr hacia la cima, el optimismo hizo que ambos se sintieran convencidos de que, por lo menos, había divisado los rebaños. Entonces habían seguido adelante, envolviéndose en sus mantos de acecho para no perder un segundo, seguros de que Torka les conducía a la cima con el fin de dominar mejor el paso de sus futuras presas.

La mano enguantada de Nap asió con fuerza el asta de hueso de su lanza. Sobre sus anchos pómulos, sus ojos re-